

ÍNDICE

Prólogo. Jaime Szpilka	11
Introducción.....	21
Capítulo I. Consideraciones acerca del traumatismo originario.....	29
Capítulo II. Metapsicología y clínica del yo ideal	55
Capítulo III. Una revisión del concepto de neurosis narcisista.....	135
Capítulo IV. Apuntes sobre el complejo paterno en El hombre de las ratas. Una mediación fallida.....	159
Capítulo V. El complejo de Edipo como mediador de la entrada en la cultura	177
Capítulo VI. El sueño como producto del límite	195
Capítulo VII. Nietzsche: la locura como destino (las caras del padre)	209
Capítulo VIII. La dualidad de la ley en la obra de Kafka.....	255
Capítulo IX. Influencias del psicoanálisis en la literatura y en el pensamiento contemporáneo.....	273
Capítulo X. Goethe y Freud: confluencias	285
Capítulo XI. Psicoanálisis. Del positivismo a la hermenéutica.....	325

Prólogo

Jaime Szpilka

El libro de Juan José Rueda tiene todos los valores de un pensamiento amplio, abierto a una multirreferencialidad que lo despoja de todo fanatismo. Esa falta de fanatismo y esa apuesta por un pluralismo científico a ultranza le permite circular sobre diferentes temas espinosos del psicoanálisis con una libertad y comodidad que no eluden para nada las contradicciones, sino que incluso las destacan, lo que a mi juicio amplifica el poder de reflexión y facilita la apertura a la discusión.

Y el pluralismo científico no solo se refiere a su capacidad de nadar en el agua de los diferentes esquemas referenciales del psicoanálisis, sino intentar articular el psicoanálisis mismo con los diferentes campos de la ciencia, del arte y de la literatura. El valor del pluralismo merece a mi juicio una consideración especial. El pluralismo no es un escepticismo, ni un nihilismo, ni un eclecticismo vulgar, ni una actitud frívola, ni una falta de un deseo decidido de jugarse por una posición, sino por el contrario, una decisión firme de soportar la imposibilidad de la verdad absoluta. El pluralismo científico no abjura de la verdad, lo cual podría dar lugar a la construcción de cualquier mentira en el lugar de la verdad, no cede sobre la misma, sino que entiende que cada uno de los esquemas referenciales es la construcción de un sistema de razones autorreferenciales que se alimentan de una lógica interna, pero que sin embargo nunca pueden ocupar el imposible lugar de la verdad. La razón y la verdad divergen siempre, y por eso ninguno de los sistemas de la razón puede arrogarse su lugar.

Para el pluralista, razón y verdad son campos que no se tocan, y más bien podría afirmar que la imposible verdad solamente tiene en la razón la suplencia de su imposibilidad.

De allí que haya tantas razones en pugna que se alimentan cada vez de más y más razones, en su imposibilidad de ocupar el campo de la verdad que se aleja asintóticamente con cada nueva razón. Y es que el lenguaje nos demanda y nos promete la razón, la verdad, el ser, la objetividad, etc. que al mismo tiempo nos torna imposible, justamente porque el hablar también nos aleja asintóticamente de lo que se habla.

Por hablar, por decir, ya no se puede ni terminar de hablar ni terminar de decir.

Es interesante al respecto destacar la posición compleja que tiene Alain Badiou respecto de la verdad. Así, nos habla del simulacro, tomando como ejemplo al nazismo, caracterizado por un falaz discurso pleno que reniega la nada colocándola en el otro que debe padecerla, por ejemplo, los judíos. Ese simulacro de verdad implica la difusión interminable del terror. Serle infiel a la verdad, ceder sobre ella, implica una traición, por más imposible que la verdad sea. Pero paradójicamente a la inversa, también la potencia absoluta de la verdad puede culminar en el desastre.

Valga esta introducción para insistir en lo que me parece tan relevante en el texto de Juan José Rueda. Desde el comienzo mismo se pelea con las ideas, lucha con los conceptos y se expone a todas sus contradicciones. El psicoanálisis es un paradigma de ruptura epistemológica y aborda un texto con una lectura hermenéutica. Nace un método, una escucha creadora que hace hablar al fenómeno. Y en ese método el autor ya amalgama a Freud con Goethe.

Así se igualan en enfatizar las estructuras subyacentes que circulan por los contenidos y formalizaciones conceptuales de una teoría, en tanto existe una Bildung formativa y generativa, detrás de la estructura manifiesta visible, la Gestalt lo ya formado o acabado. El autor afirma constantemente su admiración y su pasión por Goethe al punto de afirmar que sin Goethe el psicoanálisis no sería lo que es. E insiste en la importancia de la transformación versus la congelación, la Bildung versus la Gestalt como eje central del proceso todo. Y culmina su introducción afirmando que, respecto a la ciencia, el psicoanálisis tiene un objeto de estudio muy complejo e inasible como es el campo de la significación.

El capítulo I es ejemplar para esa guerra que Juan José tiene con los grandes conceptos. El tema del trauma originario bien se presta para ello. Así, revisa todas las idas y vueltas del texto freudiano, sobre todo después de las famosas cartas heroicas de Freud donde se desdice del trauma externo para preponderar el fantasma, para seguir en esa multirreferencialidad con las ideas de Ferenczi, de Aulagnier, de Khan, de Kohut y de Green.

Cada uno con su razón, afirmando la imposibilidad de la verdad del concepto, para pasar a la discriminación que diferencia el trauma histórico de lo que el autor insiste como trauma originario, marcando con Bokanowsky que el mismo entraña graves carencias de simbolización y fallas de la función materna. Finalmente, hace una referencia importante a la castración simbólica como trauma y, justamente en esa pelea con los conceptos y en las contradicciones que se desvelan, no podemos dejar de preguntarnos por la importancia del lenguaje mismo como trauma fundamental, en esa exigencia que el lenguaje impone y que al mismo tiempo decepciona e imposibilita. Volviendo justamente a la introducción del autor sobre la importancia fundamental de hacer hablar al fenómeno, podríamos preguntarnos si habría trauma humano sin palabra, sin lenguaje.

Los capítulos II y III están dedicados a una amplia revisión del concepto de narcisismo. Así enfatiza, junto a Lipovetsky, el cambio del sufrimiento en los sujetos de nuestro tiempo que ya no sufren síntomas fijos, sino vagos y difusos, donde la patología obedece a la ley de la época. La crispación neurótica se sustituyó por la flotación narcisista, la imposibilidad de sentir y el vacío emotivo explicitan la verdad del proceso narcisista como estrategia del vacío, generando sujetos más ansiosos que culpables.

Así se prepondera una clínica a la luz del narcisismo con una deficitaria edipización. Una pregnancia identificatoria con el objeto primordial que obstaculiza la triangulación.

Y se recorren otra vez diferentes autores, Lacan, Grunberger, Kohut, Green, Freud, etc., señalando la relación fundamental entre narcisismo e identificación. Y evidentemente se entra otra vez en guerra con el concepto de identificación primaria. Que Freud ligue la forma primordial de la identificación al ideal paterno y a la prehistoria del complejo de Edipo muestra que el sujeto de la identificación plantea una carencia no ligada al campo de la necesidad o de la sexualidad anaclítica que toma a la madre como objeto primordial, sino una carencia marcada por el padre como ideal cultural, como quien imprime en el sujeto su falta en ser, ya que desde lo biológico y lo ontológico su ser no tiene ninguna otra carencia que la de los objetos de la necesidad animal.

Por eso Freud insiste en su Introducción del narcisismo cómo la pérdida de la mítica unidad imaginaria narcisista se compensaba con la formación de un yo ideal, que cuando se liga a la actitud crítica de los padres instalados como ideal del yo, destronan al sujeto del lugar de His Majesty the Baby que antes habían contribuido a constituir. Por eso, es difícil marcar una línea clara de separación evolutiva entre Narciso y Edipo, ya que desde el vamos se crea una conflictividad tal donde el sujeto, que antes no fue, finalmente devendrá alguien que jamás terminará de ser. Y, el autor, finalmente reconoce algo que me parece fundamental, que Narciso sin Edipo sería mudo igual que Edipo sin Narciso sería vacío. Son capítulos sumamente interesantes en los que el autor tiene la valentía de ilustrar con casos clínicos toda la complejidad de la cuestión, la guerra de la multirreferencialidad, la guerra dentro del extenso recorrido freudiano mismo, tanto como la propia guerra interior frente a la profusión de teorías y conceptualizaciones.

Los capítulos IV y V se refieren al complejo paterno, tomando como base un interesante recorrido del célebre caso freudiano del Hombre de las ratas, que el autor trata extensamente y que culmina mostrando cómo la instancia edípica llamada superyó muestra su doble faz, conminando a la identificación con el padre como ideal, así como yo, debes ser y al mismo tiempo limitándola como imposibilidad, así como yo, no debes ser. Lo que nos sugiere la interesante paradoja identificatoria en la cual el sujeto deja de ser lo que nunca fue, el puro sujeto ontológico y biológico no es nadie, para llegar a ser lo que nunca podrá terminar de ser, por lo cual se instalará para siempre como sujeto deseante... de ser. Todo esto continúa con el edipo freudiano como mediador de la entrada en la cultura, donde el pasaje de Narciso a Edipo es considerado como el primer paso de la separación del sujeto de una realidad no personal a otra cuya resolución introduce al sujeto humano en la cultura. El edipo culmina lógicamente la hominización que comenzó en Narciso.

Así se recorren los diferentes trabajos freudianos sobre la figura del padre, al mismo tiempo que se hace una interesante referencia a los tres tiempos del Edipo en la obra de J. Lacan, como metáfora de la experiencia subjetivadora. De allí la importancia del enunciado de Lacan de que no hay cuestión de Edipo si no hay padre, ya que hablar de edipo es introducir, esencialmente, la función paterna como metáfora.

El capítulo VI es una bonita referencia a la teoría de los sueños, donde Juan José nos recuerda los versos de la Eneida con los cuales Freud nos introduce a su célebre Interpretación de los sueños, "si no puedo mover a los dioses superiores moveré a los infernales". Hay una interesante consideración sobre la interminable realización de deseos y un bello final que recuerda que la bajada a los infiernos emprendida hace muchísimos años por Freud nos ayuda a restituir aquello que nos acerca algo más a la verdad de nuestra

original incompletud, lo cual asevera el dicho de que estamos hechos de la misma materia que los sueños.

Los últimos capítulos son especialmente interesantes porque Juan José Rueda desplaza su multirreferencialidad psicoanalítica a sus diversos referentes literarios y científicos, que constituyen un caudal importante de sus intereses por articular el psicoanálisis con el mundo cultural que lo circunda. Así, Kafka es especialmente el elegido, continuando con los intereses de Freud por Shakespeare, Dostoievski, Jensen, Hoffman, Goethe y un largo etc.

Dice el autor que Kafka pone de relieve como nadie la lucha con la ley del padre y especialmente en la denuncia del capricho y del absurdo de la misma, que puede dar lugar a la convicción de que para el ser humano ser es sinónimo de ser culpable.

¿Culpable de qué? De ser la criatura sexual animal que, al portar el nombre del padre, finalmente nunca estará a la altura de su nombre. Bien es cierto que en Kafka la ley paterna adquiriría semejante valor catastrófico, cuanto más sujeto estaba él mismo atrapado en una sexualidad incestuosa que no le permitía tener su propia mujer y su propio lugar como hombre, ya que cuanto más invadía el terreno libidinal del padre, más experimentaba a la figura paterna privándole de todo lugar en el mundo. Si el espacio deseado es el paterno, el sujeto se siente privado de todo espacio propio. El autor hace una lectura interesante y exhaustiva de la famosa Carta al padre, como de La condena y La metamorfosis, y destaca especialmente El castillo como la insoportable levedad de no ser nada. Así, afirma que El castillo es el relato de la nominación fallida, por despojar a Kafka del nombre y del apellido, deviniendo en solamente una k. Así nos muestra cómo esa obra inacabada metaforiza la inacabada vida del mismo Kafka, que no termina de ser introducido en un mundo simbólico, lo que se evidencia en su insistencia por “ponerse en regla con la administración”.

Juan José Rueda asevera que la tragedia kafkiana fue la de quedar atrapado en el lugar de la escritura. Vivir o escribir era su disyuntiva, “para escribir necesito aislarme, no como un ermitaño sino como un muerto”. Y justamente por eso, o a pesar de eso, la escritura kafkiana se constituyó en monumento literario del siglo XX, y dio lugar a un mundo absurdo, arbitrario y sin resolución que se califica como kafkiano.

Finalmente, el autor, apasionado estudioso y con razón fan de Goethe, recorre los diferentes espacios consagrados a confirmar el parentesco espiritual y científico entre Goethe y Freud. Orgullosa parentesco que llevó a que Freud ganará en 1930 el prestigioso premio Goethe que otorgaba la ciudad de Frankfurt. El interés fundamental es poner de manifiesto los intensos vínculos ocultos que unen la metodología goetheana de acercamiento a la observación del fenómeno natural, con el modo de observación freudiana de las producciones del alma humana. Goethe fue el autor más citado en la obra de Freud y era el referente cultural más importante desde su adolescencia. En ese sentido, la pasión goetheana de Juan José Rueda acompaña a la de Freud sin duda y le hace honor.

Destaca la importancia de la Bildung, la estructura formativa generativa, detrás de lo manifiesto visible, la Gestalt acabada y solidificada. Transformación versus congelación, Bildung versus Gestalt parafrasean según el autor, el salto desde la histología a la histeria en Freud, y se sitúa en paralelo a la comprensión de la planta en Lineo, estática y clasificable, versus la comprensión del dinamismo interno de su morfología en Goethe.

Surge la comparación con Freud, para quien el alma humana es comparada a un todo orgánico sujeto a continuos movimientos en los cuales el interior dinámico no visible determina lo sintomático manifiesto.

De allí en más hay una interesante aportación que intenta justificar sus propuestas, recorriendo a autores como Steiner, Anzieu, Bachelard, Schelling, Bergson etc., con una profunda erudición que culmina con la bella conferencia dictada por Thomas Mann con motivo del 80 aniversario de Freud en 1936: "...los rasgos del venerable varón al que estamos rindiendo homenaje, se confunden con los rasgos de Fausto en su vejez, el cual aspira a alejar de la orilla el poderoso mar, a estrechar las fronteras de la húmeda vastedad".

En suma, este interesante libro muestra los polifacéticos avatares de la buena erudición y de la buena creatividad, desenmascarando la guerra de las diferentes argumentaciones, los inevitables contrasentidos y, sobre todo, lo que siempre me resulta esencial, la interesante paradoja de lo que no se puede decir porque se dice.

Abril de 2022